

José Carrillo, rector y matemático

FRANCISCO MARTÍN CASALDERREY



José Carrillo Menéndez

Nacido en París el 2 de febrero de 1952. Estudió la licenciatura de matemáticas en París y se doctoró en Madrid. Desde 1988 es Catedrático de Matemática Aplicada. En 2011 fue elegido rector de la Universidad Complutense de Madrid, cargo que continúa ejerciendo en la actualidad.

La Entrevista

La entrevista se desarrolla en su despacho del rectorado, en una soleada tarde de febrero. Desde la ventana se contemplan los cedros del jardín que rodea el edificio. Me recibe con una sonrisa afable.

Sé que es un buen conversador —trabajamos juntos en el comité de Madrid que organizaba los actos para el 2000 Año Mundial de las Matemáticas. En esa época el era decano de la Facultad de Matemáticas— y durante esta larga entrevista me lo confirma.

Es una charla distendida y en ella aborda todos los temas que le propongo de una forma directa y natural, sin ese asomo de recelo que muchas veces se ve en los políticos cuando son entrevistados. Y José Carrillo, además de matemático, además de rector de la Complutense, es un político, como él mismo reconoce. Sin esa faceta vital, no se podría entender de completamente su personalidad.

Es hijo de Santiago Carrillo, personaje fundamental de la historia del España en el siglo XX, que falleció hace dos años.

Su voz tiene reminiscencias de un acento francés que nunca ha perdido del todo, con un deje nasal, más acentuado el día de la entrevista por estar convaleciente de una catarro invernal.

Yo nací en el 52, el 2 de febrero, en París. Estudié toda mi carrera allí, en la Universidad *Pierre et Marie Curie*. Luego me vine aquí en el 76, el 21 de octubre exactamente, me acuerdo de la fecha. Fue mi segundo nacimiento. Esta vez, aun viniendo de París, no me trajo la cigüeña, me trajo *AirFrance*. Aquí hice los cursos de doctorado hasta que Haim Brezis me puso un tema para la tesis. Eso fue en el 1979. La tesis la leí en el 81, aquí, en la Universidad Complutense. Poco después, en 1982, saqué la plaza de profesor adjunto y en 1988 la cátedra de Matemáticas Aplicadas.

Me gustaría empezar esta entrevista con la misma pregunta que les hacemos a todos los entrevistados: ¿quién te enseñó a sumar?

En casa éramos tres hermanos y mi madre jugó un papel importante en la educación de los tres. Ella nació en Barcelona y dejó de estudiar al salir de allí, en 1939. Tenía ella ese año 16 años. Hasta entonces tuvo la suerte, gracias a los esfuerzos de su madre, de estudiar en un colegio bastante bueno. Aún hoy, cuando tengo algún problema de gramática le pregunto a ella, no sólo en castellano sino también en francés. De pequeños, los deberes los hacíamos con ella, entre otras cosas porque mi padre estaba poco en casa por razones obvias. Ella es la que nos tutelaba. Por eso creo que en lo de enseñarme a sumar probablemente fuese ella la responsable.

Y te voy a contar una anécdota: en el colegio, cuando entré en tercero —sí creo que fue en tercero o quizás en segundo— tocaba un día hacer divisiones y a mi se me había olvidado en el verano como se hacían; me sacaron a la pizarra y recuerdo el comentario de la profesora, que era nueva: *pues si éste es el primero de la clase... cómo serán los demás*. No sé si ahora me acordaría de cómo se divide. ¿Y las raíces cuadradas...? Hombre, creo que sabría encontrar el procedimiento, pero ahora mismo, de memoria, no me acuerdo. El otro día con mi hija me lo planteé, tiene ahora quince años, y de vez en cuando suspende matemáticas, para fastidiarme —entre risas.

Hay una cosa que me intriga, ¿a qué se debe que varios hijos de un político tan relevante como Santiago Carrillo se hayan dedicado a las matemáticas?

Sí mi hermano mayor, Santiago, que es profesor en la Universidad Autónoma de Madrid y yo somos matemáticos. El otro, el pequeño, no. Él es economista. Vamos a ver, yo creo que esto se debe a la cultura francesa. En Francia hay una cultura científica bastante potente y en la época en la que éramos estudiantes se consideraba que las matemáticas eran la llave de todo. En el liceo había varios itinerarios de los cuales dos eran de orientación científica, el *C* y el *D*. El *D* estaba más dirigido a las Ciencias Naturales, Biología y esas cosas. El *C* estaba más centrado en las matemáticas. En todos los aspectos la opción mejor considerada era la *C*. Los alumnos que tenían más capacidad la elegían porque era la que abría después la entrada a las *Grandes Écoles* y a las mejores Universidades. Mi hermano mayor y yo, como éramos buenos estudiantes, optamos por este camino. El pequeño no es que fuese menos listo —yo creo que es el más listo de los tres— y quizás por eso eligió no dedicarse a las matemáticas —entre risas.

En Francia el Liceo eran siete años. Había un año menos de primaria y un año más de secundaria que aquí. Se entraba a los once años, hacíamos cuatro años de primer ciclo y ahí es cuando tienes que optar por uno de los distintos itinerarios. Sé que ahora las cosas han cambiado y hay más opciones que en mi época. Sé que la ingeniería ha perdido mucho peso. Los ingenieros de las *Grandes Écoles* están menos solicitados que antes y ganan mucho menos de lo que ganaban antes... Pero en mi época era eso: si podías hacer matemáticas hacías matemáticas.

En la época en la que yo era estudiante de secundaria, en Francia, se consideraba que las matemáticas eran la llave de todo

Claro, Francia ha tenido una escuela muy importante de matemáticos en el XIX y también en el XX. El mismo Brezis que me puso el tema de tesis y me rei-

vindica como hijo, es un ejemplo. Pero en otras ramas de la matemática ha habido gente como Dieudonné y otros muchos. Resumiendo, creo que fue la componente francesa de nuestra educación la que hizo que mi hermano y yo nos decantáramos por las matemáticas.

Tú en la época del Liceo eras un alumno brillante en clase de matemáticas, supongo.

Psss... No, no del todo. Tuve los primeros años un profesor de matemáticas que no me gustaba nada. Por suerte, más tarde, tuve otro que era estupendo y que es el que hizo que me enamorara de las matemáticas. Y luego, en los dos últimos años, tuve una profesora que era muy dura... Nos recortaba las notas y nos obligó a esforzarnos mucho. La suerte es que casi todos sacamos buenas notas en la prueba final de bachillerato. Pero yo notas brillantes empecé a tenerlas en el segundo ciclo de la carrera, alguna en primero también, pero fundamentalmente en el segundo ciclo. Mi primer primero lo suspendí porque no fui mucho a clase. Era el año 1970 y yo me dedicaba más a la militancia política que al estudio. Se estaba celebrando del Juicio de Burgos y pisé poco la universidad, tengo que reconocerlo. Luego me puse las pilas, porque para hacer los dos primeros años disponías de un máximo de tres cursos. El primer ciclo o lo liquidabas en tres años o nada. Total que me tuve que poner la pilas.

El primer ciclo universitario era básicamente de matemáticas y física. Y en matemáticas, análisis y álgebra en esencia, era donde se incluía todo. Los franceses no diversifican tanto como nosotros. Yo saqué siempre mejores notas en la asignaturas de física. Ese primer ciclo era conjunto para matemáticas y física, *M-P*, *Mathématiques-Physique*.

Entre mis compañeros tenía fama de ser bueno y resolvía los problemas que nos

ponían, pero me aburría un montón. Las clases a veces eran un tostón, en aquellos anfiteatros... Éramos treientos en clase. Recuerdo un alumno que no tomaba apuntes y se dedicaba a hacer punto; una bufanda larguísima...—dice riéndose—. Como había perdido algo de tiempo en el primer ciclo, el segundo lo hice mucho más rápido. Acabé la licenciatura en tres años y medio.

¿Al volver a España e incorporarte al ambiente español, el contraste fue muy duro?

El cambio coincidió en mi caso con un cambio vital, pasar de ser estudiante a ser profesor. Estuve un curso realizando convalidaciones y papeleos y el curso siguiente me contrataron como profesor ayudante. La coincidencia de ambos cambios, el de país y el laboral, ayudó bastante a hacerlo más llevadero. Además, era un momento político muy movido, en que yo estaba implicado, por lo tanto, fue como un maremoto y con veinte y pocos años también éstas cosas son más llevaderas.

¿Y el cambio, digamos, cultural, como lo llevaste?

Yo soy hispanohablante antes que francófono, aunque desde el colegio mi situación familiar era muy peculiar. Mi madre tenía la residencia en Francia, pero mi padre no, por lo que debíamos pasar por franceses. Por ello en mi casa se debía hablar francés. Durante mucho tiempo tuve documentación legal francesa bajo el apellido Giscard. Al llegar a España mi español era manifiestamente mejorable. Incluso ahora, cuando estoy cansado, me sale un acento francés muy marcado.

Me faltaba además todo el vocabulario matemático en castellano. Oía hablar por ejemplo de un «conjunto acotado» y me preguntaba: ¿«acotado», qué quiere decir? Acotado era una palabra que no formaba parte de mi vocabulario casero de niño, como es natural.

Y con respecto al ambiente de la Universidad, ¿qué diferencias notaste entre la francesa que viviste y la de aquellos primeros años de la transición?

Mi estatus en Francia era de estudiante mientras que aquí era de profesor ayudante, integrado en un equipo de investigación. La Universidad aquí era algo por

definir, además en pleno crecimiento, se creó todo aquel grupo de PNN (profesores no numerarios) que entramos a marcha forzada. Algunos terminaban la licenciatura en junio y en septiembre se convertían en profesores. La situación era de necesidad.

Fíjate que en los años sesenta había unos cien mil estudiantes en las universidades españolas; en el ochenta y tres, hay ya unos setecientos mil; en el noventa y siete, se para el crecimiento, pero hay ya cerca de un millón y medio.

Eso genera un aumento de plantilla enorme. Y, a pesar de lo rápido que fue ese aumento, las cosas no se hicieron mal del todo. Yo creo que el profesorado, a pesar de todo lo que se dice, en su conjunto resultó ser bastante mejor que el anterior. Un profesorado que investigaba, que se preocupaba por la docencia y que fue capaz de transformar la universidad. En muchos casos se formaba fuera de España y luego regresaba. Los miembros de mi departamento hicimos las tesis en Estados Unidos o en Francia.

En pocos años pasamos de una universidad que no investigaba, salvo en raras excepciones que tampoco quiero negar, a una universidad que, en particular en matemáticas, hacia investigación de calidad. Se dio en esa época un salto importante que nos ha llevado a la situación en la que nos encontramos hoy en cuanto a calidad. España en el ámbito matemático tiene escuelas importantes en varias universidades.

¿Y cómo se está produciendo la renovación generacional?

Eso es algo que quizás no hemos hecho muy bien. La gente de mi generación que aún no nos hemos jubilado, hemos, por una parte, actuado como tapón, pero, por otra parte, y no me refiero a mí, algunos de sus miembros continúan siendo los referentes.

Pero esto ha sucedido también en otros ámbitos, ¿no?

Sí, por ejemplo es muy claro en la política. Y también en otros ámbitos, como el mundo empresarial, por ejemplo...

Los nacidos en una cierta década, hemos ocupado puestos de relevancia en toda la sociedad durante mucho tiempo. Es cierto que hay jóvenes matemáticos en este país que tienen mucho futuro y es cierto que ahora hay profesores de unos cuarenta años que quizás no puedan llegar a ser catedráticos, y no por falta de méritos, mientras que yo fui catedrático con 36.

En temas laborales estamos claramente en un momento de retroceso, que en el ámbito de la enseñanza secundaria y universitaria va a pasar factura tremenda en este país. Retroceso en todos los ámbitos: precios públicos altísimos para los cursos uni-

versitarios, especialmente para los postgrados, que en el caso de Madrid, responden, yo creo, a una política deliberada de favorecer a las universidades privadas.

En la medida que la enseñanza es un servicio público esencial para un país,

y yo creo que lo es, y me refiero a la enseñanza primaria, la secundaria y la superior —porque un país sin universidad es un país de tercera—, en esa medida, yo creo que la enseñanza en su conjunto tiene que estar sostenida con fondos públicos. Pero es muy difícil distinguir como graduar en cada caso esa ayuda. En los otros niveles educativos los ingresos son los de los padres, pero en el nivel universitario las cosas no son tan fáciles. El hijo de un multimillonario puede estar emancipado y tener unos ingresos bajísimos.

Las subidas de los precios de matrículas generan exclusión social, eso lo hemos comprobado con números en estos últimos años con esos incrementos enormes que se han producido en las tasas. El reparto justo de las becas, además, es una tarea muy complicada si no se lucha eficientemente contra el fraude fiscal.

En temas laborales estamos claramente en un momento de retroceso, que en el ámbito de la enseñanza secundaria y universitaria va a pasar una factura tremenda en este país



José Carrillo, en su despacho, antes de comenzar la entrevista. Foto FMC.

Cambiando de argumento, me gustaría hacerte una pregunta un poco distinta: ¿qué matemáticas necesita un rector? Me refiero para el ejercicio cotidiano de su trabajo. Si quieres, se puede formular de otra manera: ¿De qué te sirve ser matemático para ser rector de la Universidad Complutense?

Creo que sí me sirve de mucho. En este país hay un gran déficit que es la participación de los científicos en el Gobierno. Aquí siempre se ha dado por sentado que en el Gobierno debían estar licenciados en Derecho. Pero esto no tiene ningún sentido. En Francia, el que en el siglo XIX algunos científicos ocuparan puestos relevantes en política probablemente tuvo bastante que ver con el desarrollo de las *Grandes Escuelas* y en el hecho de que Francia fuera durante el siglo XX y aun ahora un referente científico mundial. Creo que los científicos con currículum se tienen que meter también aquí en estos asuntos.

En mi caso, las matemáticas en concreto, ¿para qué me sirven? Me sirven para tener cierta perspectiva, ver un modelo com-

pleto. Yo no tomo medidas al día, sino que tengo un modelo y unos objetivos a medio y largo plazo y me rijo por ellos. Así, cuando tomamos una decisión, la tomamos porque apunta a un Norte hacia el que hemos encaminado este barco. Llegaremos al puerto cuando toque, dependerá del combustible del que dispongamos, pero al menos ponemos el barco mirando al puerto y seguimos avanzando. El puerto, ¿cuál es? Pues en un momento de recortes, digamos de tormenta, preservar lo esencial para que esta universidad mañana —porque el mañana llegará— pueda seguir siendo una universidad importante.

Resumiendo, la visión matemática, en paralelo con una cierta visión política te ayudan a todo esto. En esencia, dirigir una universidad es un problema que hay que analizar, racionalizar y resolver. Analizamos la situación económica, los parámetros académicos, y todo el resto de variables y tenemos que ver como ir enfocando todo. Es un problema para el que viene muy bien la formación racional que te dan las matemáticas. Muchas veces se argumenta que tanto la lengua como las matemáticas tienen una componente fundamental en la formación del individuo, y

eso es verdad. Yo aquí no aplico ecuaciones diferenciales ni modelos no lineales, pero esta claro que sin racionalizar las cosas no se puede avanzar.

¿Cómo ves la enseñanza de las matemáticas actualmente en nuestro país?

Si analizamos, por ejemplo, los informes PISA, pues no están las cosas tan mal. Hablamos de centésimas de diferencia, centésimas de desviación típica con respecto a la media. No está tan mal para un país que ha tenido que generar un sistema educativo prácticamente de la nada y encima con recortes. En el franquismo la educación era para unos pocos y ahora la etapa obligatoria llega mucho más lejos y al total de la población. Por lo tanto, el nivel cultural general de la población se ha elevado considerablemente en estos treinta años. Además los mejores alumnos de ahora son más y mejores que los de antes. El informe PISA realizado a la población global de 15 años en los años sesenta hubiera dado unos resultados desastrosos. PISA marca diferencias de centésimas, que son importantes, pero no es para autoflagelarse teniendo en cuenta que nos confrontamos con sistemas educativos como los de los países del Norte, que llevan atendiendo a toda la población desde hace muchos más años.

Aquí tenemos un sistema fuertemente influenciado por componentes ideológicas y religiosas. Y esto es un desastre, a quién le puede caber en la cabeza que volver para atrás, reforzando el papel de la religión, mejorara la educación. La religión es una cuestión ideológica que debería tener su lugar fuera de la escuela. Y a quién se le ocurre que vamos a mejorar la educación con recortes. ¡A nadie!

Hay un discurso contra lo público tremendo, que en el caso de la Universidad, se puede combatir con argumentos. Tenemos cuatro universidades públicas entre las 200 mejores universidades

La visión matemática, en paralelo con una cierta visión política me ayudan a ser rector. En esencia dirigir una universidad es un problema que hay que analizar racionalizar y resolver

del mundo; cuatro de cincuenta públicas en el 1% de las mejores universidades; es decir, el 8% de nuestro sistema está en el 1% de lo mejor. Y si vamos más allá, hay ocho entre las quinientas mejores, es decir, el 16% del sistema universitario público se sitúa en el 3% de las mejores. Y yendo más allá, entre las mil mejores hay 21 públicas y una privada —ahí entra la primera privada.

España como país universitario es, en calidad, el sexto país del mundo, y eso lo digo con datos del Ministerio.

¿A que persona te hubiera gustado entrevistar?

Me vienen enseguida algunos nombres como Albert Einstein o Marie Curie, en ambos hay una parte de su vida que su-

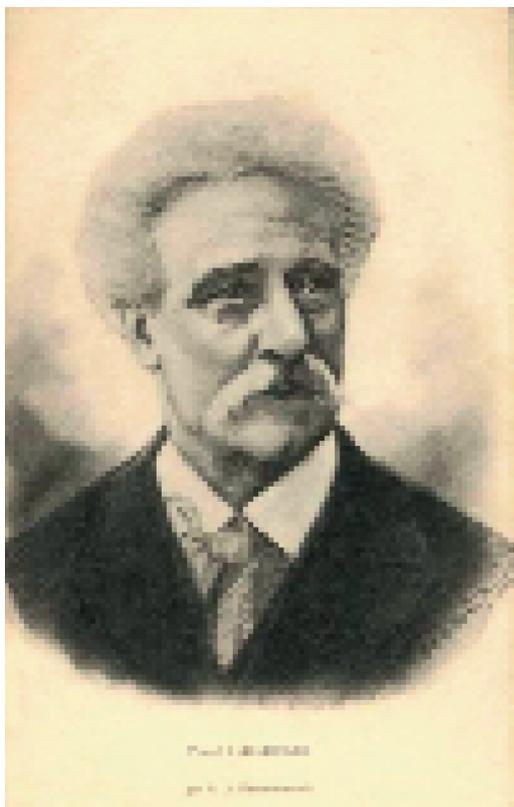


Marie Curie (1867-1934)

pone una gran incógnita, quizás por desconocimiento mío. A Marie Curie le preguntaría como fue capaz en unas circuns-

tancias tan adversas, siendo además mujer, lo que seguro le supuso una traba tremenda añadida en esos momentos, cómo aguantó y cómo fue capaz de romper los obstáculos y llegar a obtener el Nobel en dos ocasiones.

Creo que, aunque escribo fatal, tengo vocación de escritor, y esto que me cuentas me resulta sugestivo: volver al pasado y encontrar a algunas personas a las que me hubiera gustado conocer. Así pensando un poco, se me ocurre también que una entrevista con Karl Marx hubiera resultado interesante —risas. Igual cho-



Paul Lafargue (1842-1911)

cábamos y seguro que muchos de sus discípulos chocaban con él también.

Otro personaje con quien me hubiera gustado hablar es Paul Lafargue, el yerno de Marx y autor de *El Derecho a la Pereza*.

Y por último, me gustaría poder volver a hablar con mi padre y retomar conversaciones para las que nunca encuentras tiempo mientras son posibles y echas de menos cuando ya no son posibles. Pensé muchas veces sentarnos varios días con una grabadora, pero no lo llegamos a hacer nunca y es una pena.

¿Las relaciones con tu padre como fueron?

Siempre tuvimos buena relaciones. La crisis de la adolescencia ni siquiera la sufrimos porque coincidió con el momento en que pasamos de tener identidad falsa a usar la nuestra propia como apátridas. Pasé por tanto mi crisis de adolescencia como cómplice de mis padres. Mi padre era una persona al día, hasta el final, yo creo. Entendía los problemas que le rodeaban y nunca hubo conflicto y eso que, naturalmente, hemos discutido mucho. Tengo que reconocer que muchas veces me ha pasado que he discutido con él sobre un asunto con posiciones muy distantes y al cabo de unos meses tener que darle la razón, porque él había analizado la situación con más profundidad que yo y había sacado unas conclusiones mucho más profundas.

Tras más de hora y media de conversación, la entrevista llega a su fin. Le están esperando dos colegas rectores, con los que debe mantener una reunión. La tarea de rector, y más de una universidad como la Complutense, es un trabajo muy comprometido y, me confiesa con una sonrisa cómplice, este rato hablando para *Suma* se le ha pasado volando.

FRANCISCO MARTÍN CASALDERREY
IES Juan de la Cierva, Madrid
<fmc@fespm.es>